

APUNTES PARA UNA TEORIA DE LA CONDUCTA desde el pensamiento de E. Pichon-Riviere

ANA P DE QUIROGA

SÍNTESIS A MODO DE INTRODUCCIÓN

El "Prólogo" de *Del psicoanálisis a la psicología social* es un texto en el que Enrique Pichon-Rivière presenta su obra, y por eso es una reflexión ante aspectos de su trabajo, que ve allí objetivados. Es un reencuentro con su producción, con lo hecho, con lo pensado.

Por ese carácter de reflexión sobre su obra y su vida, ineludiblemente entrelazadas, que E. Pichon-Rivière plantea en ese "Prólogo", logra en él síntesis muy significativas de su pensamiento. Entre las frases de ese texto fundamental en la obra de E. Pichon-Rivière, recorto hoy una: "La trayectoria de mi tarea, que puede describirse —y esto es lo que subrayo— como la indagación de la estructura y sentido de la conducta, en la que surgió el descubrimiento de su índole social, se configura como una praxis que se expresa en un esquema conceptual, referencial y operativo (ECRO)".

En esa indagación sobre la conducta se inscribe lo que en otro texto, *Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière*, es planteado como motor de su búsqueda: ese querer saber, esa pregunta fundante por el hombre y en particular por la *tristeza*, de la que dice intuye que está detrás de las conductas "especiales". Saber del hombre y del lugar de la tristeza en la conducta.

Esos interrogantes que se abren para E. Pichon-Rivière tienen su fundamento en una historia personal de contrastes culturales, de impacto de esa confrontación de dos mundos: el europeo y el guaraní, el ciudadano y el campesino. En una historia personal y familiar de desarraigo, pérdidas, exigencias adaptativas. Historia vivida en un medio cultural en que, como él lo señala, la temática de la muerte, el duelo, la locura, el juego de lo siniestro y lo maravilloso ocupan un lugar central.

Una ecuación de causas llevan a E. Pichon-Rivière a investigar en el campo de la enfermedad mental y del proceso creador, y en esa investigación descubre la articulación de estos fenómenos, que serán comprendidos por él como los polos de una contradicción, interdependientes y excluyentes-

E. Pichon-Rivière, en sus escritos, hace referencia permanente a caminos, a trayectorias, a pasajes. Uno de ellos, de un esquema teórico, de una perspectiva: el psicoanálisis, a otra: la psicología social. Pero no es la única trayectoria, podríamos nombrar otra: de la investigación centrada en la enfermedad mental, desde su tarea psiquiátrica, a una nueva apertura, en la que sin dejar esa investigación y esa práctica pondrá el eje en la promoción de la salud. De la indagación de la patología a la investigación de toda conducta.

En esa ampliación de campos encuentra un hilo conductor y articulador: los procesos de aprendizaje. La enfermedad será caracterizada como detención, deterioro,

empobrecimiento de los procesos de aprendizaje, y en su causalidad aparece una elaboración fallida de pérdidas, una situación de privación que no puede ser resuelta por el sujeto.

Al investigar sobre la psicosis y sobre el proceso creador, al inicio de su práctica, E. Pichón-Rivière trabaja sobre sujetos de experiencias límites, de profundas crisis, y descubre que ambas experiencias enfrentan al sujeto con la vivencia, con la *fantasmática del objeto destruido*. ¿Con qué diferencia? En una situación el sujeto podrá enfrentar a sus fantasmas y pondrá en marcha los mecanismos de reparación, podrá integrar el objeto, ir elaborando el conflicto de ambivalencia, visualizar e ir logrando sucesivos niveles de resolución de sus contradicciones. ¿Qué le sucede al sujeto que enferma? Queda atrapado en esa fantasmática. Detenido en la inhibición de la posición depresiva básica, con la que se quiere evitar la pérdida del objeto, al que se vive ya como perdido, o en la rigidización y el estereotipo de la disociación, la proyección, que le impedirán reconocerse a sí mismo, reconocer al otro, apropiarse de la realidad.

Son la práctica clínica y la experiencia en el campo de la formación las que le plantean que esas posibilidades no se dan en forma absoluta en el sujeto, que hay una dialéctica de aspectos sanos y enfermos, y que en esa dialéctica hay dominancias. Y a la vez, que esa relación conflictiva con el objeto, esa contradicción amor-odio, esa dramática del objeto perdido, destruido, abandonante, y esa dramática del objeto idealizado y el objeto persecutorio no son exclusivas, privativas del sujeto de la experiencia límite, son universales del desarrollo del psiquismo, en primer término, y de las vicisitudes de nuestra trayectoria vincular. Se va entonces afianzando en su marco conceptual el criterio de salud identificado con el aprendizaje, el desarrollo de las potencialidades creativas, la relación dialéctica, mutuamente transformante sujeto-mundo, relación en 1a que se va dando la reparación del objeto amado y del sujeto, relación en la que podemos decir que el sujeto está en tarea en función de un proyecto de vida.

Decíamos que E. Pichon-Rivière parte de su experiencia clínica, la que realizada desde un marco referencial psicoanalítico implicaba fundamentalmente el análisis de la transferencia. ¿Qué le mostraba ese análisis? Que se desplegaba en el vínculo terapéutico una dramática, una fantasmática, una modalidad de interpretar la realidad, los vínculos. En la transferencia el paciente intentaba poner en escena una trama argumental interna. Las escenas de su mundo interno, sus fantasías.

E. Pichon-Rivière se pregunta: de dónde surge esa dramática, cuáles son sus condiciones de producción. En tanto psicoanalista, era fundamental articular esa dramática, esa estructura del mundo interno con la historia de ese sujeto, cómo se dio esa configuración, y lo hará en primer término indagando las etapas del desarrollo, la articulación en la configuración de la conducta, de lo previo y lo actual. Hablará entonces de una *policausalidad*.

Para E. Pichon-Rivière —y esto lo recoge tanto de su fundamentación en el psicoanálisis como en el materialismo histórico y dialéctico, como en criterios vigentes en el pensar de su tiempo— no hay una determinación lineal y única de un fenómeno. En la salud como en la enfermedad hay una ecuación causal, una intrincación o articulación de factores. Así habla de policausalidad y distingue en ella un *factor constitucional*, ya enunciado por Freud, en el que E. Pichon-Rivière distingue *lo genotípico*, que se refiere a lo heredado, a la fórmula genética, y *lo fenotípico*, es decir lo que resulta de la acción del

medio en esa estructura hereditaria. En lo fenotípico E. Pichon-Rivière incluye en forma activa y directa el orden vincular social, como factor determinante que actúa a través de modificaciones biológicas en la vida intrauterina. Igualmente el orden social está presente en lo heredado en tanto determina modificaciones en la especie.

Una vez nacido el niño, dice E. Pichon-Rivière, el factor constitucional interactúa con otros elementos determinantes, que son las vicisitudes vinculares del sujeto, las alternativas de su proceso de desarrollo, que implica para el sujeto una permanente exigencia adaptativa: el nacimiento, el establecimiento de una nueva modalidad de relación con la madre, en la que ella desempeña esa función yóica o de sostén, la integración de la madre como objeto total, la redefinición de su esquema corporal, el descubrimiento, la inscripción en el sujeto del tercero, es decir el reconocimiento de la presencia del padre, mediada primero por la madre.

Son múltiples los momentos de su desarrollo que plantean *crisis vitales*, rescatando de la crisis su doble condición: de posibilidad de crecimiento o de estancamiento y génesis de un deterioro. Dice E. Pichon-Rivière, si el conflicto se resuelve en una solución integradora, si las ansiedades son elaboradas, el proceso de aprendizaje de la realidad continúa su desarrollo normal. Pero si el sujeto no puede elaborar su angustia ante el conflicto y la controla y reprime por medio de técnicas defensivas, que pierden su carácter instrumental al rigidizarse y estereotiparse, el conflicto no se elabora. Hay un intento fallido de elaboración, se elude, pero queda latente como *factor disposicional* al que se puede regresar a partir de un *factor actual*, situación de pérdida en el aquí y ahora, que por su intensidad o por la intensidad del factor disposicional determina un proceso regresivo. Una regresión a lo disposicional.

Como vimos, E. Pichon-Rivière, investigador de la psicosis, indaga en particular los puntos disposicionales más arcaicos. Toma en cuenta entonces la forma de experimentar y resolver la crisis de nacimiento, primera privación o *protodepresión*, las formas de elaborar la primera etapa del protovínculo (vida de los primeros seis meses), y jerarquiza como crisis vital la experimentada en la posición depresiva del desarrollo, con la integración del objeto, el reconocimiento de la coexistencia de aspectos gratificantes y frustrantes, abandonantes, el conflicto amor-odio, el vínculo a cuatro vías, la reforzada angustia por la pérdida del objeto amado, que abandona y al que se desea destruir, al que SP fantasea atacado y destruido por el propio odio, la culpa, el dolor, la soledad, y como intento de controlar el caos: la inhibición. Esto configura una estructura a la que E. Pichon-Rivière llama *posición depresiva básica o depresión básica*, que puede tener mayor o menor peso o intensidad como *factor disposicional*.

Algunos de ustedes entendían, siguiendo a otros docentes de la Escuela, que esta situación es el núcleo patogenético, y de algún texto de E. Pichon-Rivière, *Una nueva problemática para la psiquiatría*, se infiere esto. Pero si bien esa posición depresiva básica es nodal en este núcleo patogenético, éste no se agota allí, ese núcleo necesita para configurarse e instalarse en el sujeto de un factor actual lo suficientemente significativo para desencadenar un proceso de regresión, y de un proceso de regresión que active y refuerce esa situación depresiva básica, fallidamente elaborada.

Esto está más claramente planteado en *Una teoría de la enfermedad*, que E. Pichon-Rivière escribió posteriormente para una revista cuya referencia bibliográfica no aparece en el libro sino que aparece como una clase dictada en la Escuela; en realidad no

fue así, E. Pichon-Rivière mandó ese trabajo una vez que estaba enfermo y no pudo venir a dar clase. Este trabajo fue publicado en un número de *Psiquiatría* coordinado por la doctora Blanca Montevechio. Con ella planteamos una serie de temas que no habían quedado claros en otros textos y E. Pichon-Rivière contestó específicamente en *Una teoría de la enfermedad* a ciertos interrogantes. Por ejemplo, replantea una idea formulada en *Una nueva problemática para la psiquiatría*, la idea de que la protodepresión implica ambivalencia. Eso es rectificado, no hay posibilidad de ambivalencia, sería preambivalente. También aclara más el concepto de áreas y está más claro respecto de lo que es el núcleo patogenético.

A mayor dificultad en la elaboración de la secuencia de privaciones y en particular de la depresión del desarrollo, a mayor monto del mecanismo de inhibición, mayor significatividad de esa estructura depresiva básica como factor disposicional.

En el proceso de desarrollo el sujeto inicia su proceso elaborativo apelando a las técnicas de la posición previa o esquizoparanoide. Esa regresión y apelación es operativa y en particular si le permite una nueva integración o sucesivas integraciones del objeto y resolución en ese nivel del conflicto. La regresión a ese punto disposicional desde otros estadios del desarrollo, a partir de un factor desencadenante, la reactivación del conflicto y la intensificación de ansiedades, determinan una detención o empobrecimiento del proceso de aprendizaje. La intensidad de la estereotipia, de la ruptura de la dialéctica sujeto-realidad, mundo interno-mundo externo nos dirá hasta qué grado el sujeto ha enfermado.

A esta secuencia del desarrollo: protodepresión - posición instrumental - posición depresiva del desarrollo, y la alternancia de estas posiciones en otros estadios de la vida, tanto en la salud como en la enfermedad, E. Pichon-Rivière la llama principio de continuidad genética y funcional. Desde esta perspectiva está indagando y respondiendo a la pregunta por la relación entre el mundo interno del sujeto, su conducta y su historicidad, sus vicisitudes y trayectoria existencial.

Pero otras experiencias abrían el mismo interrogante y aportaban respuestas. Hemos hecho referencia a su experiencia en el campo de la urgencia psiquiátrica: el abordaje del paciente en crisis le da, primero en forma espontánea, una posibilidad de encuentro y observación del grupo familiar, también en crisis. Esa experiencia le permite establecer relaciones de causalidad dialéctica, no lineal, no mecánica entre la estructura y dinámica del mundo interno del paciente y la estructura y dinámica del grupo familiar, cuyo abordaje se plantea ahora como encuadre, como unidad de análisis del proceso del enfermarse. En ese grupo la emergencia de la enfermedad a través de un portavoz pone de manifiesto mecanismos de interacción, las ansiedades que recorren la situación grupal, los procesos defensivos, el juego de roles, el destino de las necesidades de los integrantes de ese grupo, y es factible inferir el sistema de fantasías que sostiene esa forma de interacción, es decir, las vicisitudes de la mutua representación interna. Las formas de comunicación ponen de manifiesto una suerte de semántica familiar, códigos verbales y de conducta en general- En esa complejidad de relaciones, en el interior de ese sistema, la conducta y el discurso del paciente se revelan como un intento de respuesta coherente y significativa. Así como Freud descubría el sentido del síntoma al articularlo con las vicisitudes de la vida afectiva del paciente, E. Pichon-Rivière es el primero en nuestro país que articula esa conducta, ese acto, ese discurso, la estructura

de ese mundo interno, con las formas de la interacción familiar. Simultáneamente, quizá desde otras perspectivas, lo hacen Jackson, Bateson, Ackerman en los Estados Unidos.

Este descubrimiento de la direccionalidad de la conducta, de los niveles de determinación del psiquismo en las modalidades de la interacción familiar tiene consecuencias teóricas, no sólo clínicas. Surgen preguntas: qué lugar ocupan las relaciones reales, la experiencia con el otro, la acción significativa del otro, que se mueve hacia la gratificación o la frustración. Esto estaba abierto en gran medida desde Bion y Winnicott cuando hablan de la función yoica, función alfa, función de sostén que es función vincular. Pero para E. Pichon-Rivière la respuesta que desde su marco teórico psicoanalítico tenía a su alcance era insuficiente. E. Pichon-Rivière comienza a elaborar líneas conceptuales claves en su teoría. Plantea que el grupo o mundo interno, como dimensión intrapsíquica, es una reconstrucción, un reflejo no especular de la red de relaciones en la que el sujeto emerge. Influye en esta concepción no sólo el pensamiento psicoanalítico y la idea de mundo interno, más ligada a una actividad fantasmática con un alto grado de autonomía de la experiencia, sino que en este plano E. Pichon-Rivière recoge el aporte de George Mead. De allí surge la idea de la *eficacia de la interacción*, eficacia causal, configurante. Y entonces la noción de relación de objeto, que desde el psicoanálisis estaría planteada como aquella que da cuenta de la relación del sujeto con su mundo, va a ser cuestionada por E. Pichon-Rivière y sustituida por la de vínculo, en tanto estructura interaccional y determinante. La relación de objeto se sitúa en la perspectiva del sujeto, es lineal, es una producción del sujeto que está más allá de sus relaciones reales. En esa relación el objeto ama, odia, ataca, protege, se introduce en el sujeto, etcétera. Pero toda esa actividad fantasmática tiene como eje al sujeto y el hacer, la presencia, la ausencia del otro es sólo un accidente, el otro permanece trascendente a ese acontecer intrapsíquico. Para E. Pichon-Rivière desde lo indagado a nivel de grupo familiar, ese acontecer intrapsíquico, intrasujeto no puede ser comprendido sin analizar la dimensión de lo *intersubjetivo*, las relaciones que ambos sujetos establecen, el cómo se afectan recíprocamente. Pero el poner la mirada en lo interaccional, lo intersubjetivo, para comprender lo intrapsíquico, implica a su vez cuestionarse por otras relaciones que afectan y determinan a los vínculos: el orden grupal, el orden de las instituciones, y el más fundante: el de las relaciones sociales, que sostienen y determinan a esos vínculos.

E. Pichon-Rivière ha cambiado de óptica, de perspectiva. Plantea una psicología social fundada en una concepción del sujeto como síntesis de sus relaciones sociales. Se articulan en ese esquema una conceptualización a partir de la clínica y una fundamentación en una concepción del hombre y la historia.

Nos queda a nosotros como tarea seguir avanzando en un camino que E. Pichon-Rivière, y no sólo él sino otros, dejaron abierto. La indagación de las formas, los ámbitos, los procesos y mecanismos en los que se da esa configuración de lo subjetivo, es un aspecto de la tarea de la psicología social en su constitución como teoría y es hoy un aspecto central aunque no único de nuestro proyecto institucional.

Pienso en la estructura de estas clases: rescaté una historia, la del pensamiento de E. Pichon-Rivière. La fuimos en alguna medida recorriendo, y termino hablando de un proyecto que en parte fue suyo, pero que hoy es nuestro. Proyecto y proceso productivo y creativo que es una manera de elaborar los duelos, de reparar el objeto y de repararnos nosotros mismos. Hay una cierta similitud con la tarea que ustedes comenzarán a

desarrollar: el rescate, el recorrido de esta etapa de aprendizaje, y sin duda un replanteo o una elaboración de proyecto. Ustedes podrán vislumbrar quizás hasta qué punto este proceso grupal de aprendizaje ha sido para ustedes creativo, reparatorio.

No puedo obviar que hay aquí quienes tenemos el duelo instalado en este proceso. Les diría, nos diría, que un momento de la pérdida es la fantasía de no tener capacidad creativa, reparatoria. De estar tan destruido como el objeto. Enrique Pichon-Rivière indagaba en la tristeza no para quedar atrapado en ella, sino para superarla a través de la creación. Él decía: "Quien se entrega a la tristeza renuncia a la plenitud de la vida".

25 de noviembre de 1986
